

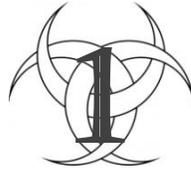
Illya Novelo

GUERREROS DE

FAGHO

La revolución de los Kiu





Hacia el olvido

Dentro de la pista, dos esgrimistas se enfrentaban en un asalto. Alrededor de ellos algunas personas, en su mayoría jóvenes uniformados con sus trajes de esgrimistas, los observaban. Todos tenían la certeza de saber cuál de los tiradores ganaría el encuentro, ya que uno era mucho más veloz, hábil, certero y fuerte en sus movimientos. A sus compañeros les encantaba verlo combatir, tenía un estilo que no era fácil adquirir y su instructor se enorgullecía de tenerlo como alumno.

No fue difícil para él evadir un toque de su contrincante antes de asestarle el que le daría la victoria con un movimiento al pecho tan rápido que fue imperceptible a su compañero. Los aplausos y las sonrisas de los espectadores no se hicieron esperar.

El contrincante, un joven de unos veinte años, se quitó la careta. Al descubrir su rostro reveló signos de frustración y cansancio, aún así se acercó a su combatiente y estiró su mano con la intención de estrechar la de él.

—Eres demasiado bueno. Creo que fue un error pensar que podría ganarte.

Héctor Barón también se quitó la careta. Su rostro enmarcaba la sonrisa resplandeciente de un digno ganador.

—Tú también lo haces muy bien —adujo estrechando la mano de su compañero.

—Lo sé, pero no como tú —resopló con cansancio—. No cabe duda que lo traes en la sangre. Suerte en el campeonato, aunque dudo que la necesites.

—Gracias.

El combatiente de Héctor se dio media vuelta y salió de la sala de entrenamiento mientras él avanzó hacia afuera de la pista no sin antes recibir algunas felicitaciones acompañadas de palmadas en la espalda de los espectadores, dos de ellas de un par de guapas y simpáticas chicas que envolvían en su voz cierta coquetería al hablar.

—Felicidades, Héctor —dijo una de ellas, y la otra le hizo segunda.

—Felicidades. Eres el mejor.

—Gracias —les respondió con expresa sonrisa y se acercó para darles un beso en la mejilla. Ellas se emocionaron.

Quien no hubiese visto a Héctor Barón en dos años lo habría encontrado realmente cambiado. Después de haber traído el cabello corto ahora lo llevaba largo hasta el hombro y en capas, el rostro de adolescente se había vuelto mucho más maduro y sus músculos y su espalda se habían engruesado debido al fuerte entrenamiento que tenía diariamente. Nadie lo sabía a excepción de Eric, pero Héctor había adquirido un estilo muy andraguense.

—¿Te gustaría ir con nosotras al cine en la tarde? —cuestionó una de ellas tomándolo de un brazo para no dejar que se alejara mucho de ella después de darle el beso.

Pero antes de que Héctor pudiese responderles lo hizo alguien más desde atrás.

—En la tarde tiene entrenamiento, chicas —alegó con firmeza—. No podrá acompañarlas. Lo siento, será en otra ocasión.

Héctor torció un poco el gesto como con decepción. Eran las órdenes de su entrenador.

—Ya oyeron al jefe. Quizá después.

La chica lo lamentó, aún así se acercó de nuevo a Héctor, que la mantenía abrazada ligeramente con su brazo libre de careta y sable, y le dio otro beso en la mejilla.

—Espero que sea pronto. Te llamaré luego.

—De acuerdo. Después de los Nacionales tendré un poco más de tiempo.

—Perfecto.

La otra chica no desaprovechó la oportunidad de hacer lo mismo que su compañera una vez que ésta lo soltó y luego Héctor y su maestro de esgrima salieron de la sala de entrenamiento.

—¿Ganando admiradoras? —preguntó su instructor mientras caminaban por el pasillo.

Héctor sólo sonrió sin decir nada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí.

—¿En qué estabas pensando mientras combatías?

—¿Yo? —inquirió el aludido con extrañeza a tan rara pregunta—. En nada. ¿Por qué?

—Estabas distraído.

—Ningún asalto requería de más —aseguró tranquilamente, y suspirando agregó—. El Nacional está muy cerca y la semana que entra tengo exámenes. Creo que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pues te voy a pedir que vayas desechando todas esas cosas que tienes, según tú, en la cabeza —le dijo deteniéndose, y por consiguiente, su alumno también lo hizo—. Tú acabas de decirlo, el Nacional está muy cerca y quiero todos tus sentidos puestos en la competencia.

—¿Estás preocupado? —preguntó Héctor sonriente.

—Héctor, sólo me gustaría verte en combate como lo hacías en un principio.

Héctor borró de su rostro todo indicio de sonrisa.

—Al principio no sabía combatir.

—Quizá no, pero hace dos años que llegaste conmigo a pedirme que te enseñara a manejar una espada ponías tu alma en cada ataque y en cada asalto. Eso fue lo que me gustó de ti, y eso es precisamente lo que has ido olvidando poco a poco. Ahora que ya sabes cada movimiento me gustaría verte pelear en el Nacional como lo hacías entonces. A mí no se me ha olvidado la pasión que le impregnabas a cada golpe, el empeño, el entusiasmo absoluto que me hicieron tomarte como alumno sin titubeos.

Era fantástico verte combatir —hizo un silencio—. Piénsalo. Te lo dejo de tarea. Piensa por qué has ido perdiendo con el tiempo la pasión que te trajo hasta mí. Te veo a las cuatro en punto.

Y adelantándose por el pasillo dejó a Héctor pensativo y ensimismado. No fue difícil encontrar la razón por la cual había dejado de pelear como lo había hecho en un principio, más bien fue sencillo. Habían pasado dos largos años de aquel último viaje a Fagho, y ya todo se veía tan lejos, que ciertamente muchas cosas se habían olvidado.



La vida en casa de los Barón transcurría comúnmente. A las siete de la tarde la familia se reunía a cenar como cada día.

Después de un ajetreado día en la universidad y en el esgrima, Héctor llegó a casa en su Mustang blanco último modelo y de inmediato se dirigió a la cocina. Sus padres platicaban en el antecomedor mientras esperaban a sus hijos. Bibiana y Roberto Barón no habían cambiado nada en ese lapso de dos años, ambos seguían igual de encantadores, bueno, quizá sólo lucían un par de arrugas más.

—Hola, papá —saludó Héctor al entrar dejando su mochila en el piso—. ¿Qué hay, mamá? —la saludó con un beso en la mejilla.

—Hola, hijo —le respondió Bibiana mientras se puso de pie para dirigirse a la estufa y poner al fuego las ollas para calentar la comida —¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien. Nada nuevo.

Y después de robarse un poco de lechuga de la ensalada preparada en un refractario se sentó a la mesa junto a su padre, quien se había sumergido en un instante en su computador personal.

—¿A que no sabes quién me retó hoy en esgrima, papá?

—¿Quién? —preguntó Roberto sin quitar los ojos de su Lap Top.

—¿Te suena el nombre de *George Mackenzie*?

—¿George Mackenzie? —inquirió Roberto meditándolo y quitando por fin su atención del trabajo—... Mackenzie... Mackenzie... sí. Sí, claro —adujo con más

seguridad—. George Mackenzie fue un compañero de la universidad y un gran esgrimista —y frunció su entrecejo—. Pero es de mi edad, ¿de verdad sigue combatiendo?

—No. Bueno, no sé él, pero su hijo *Michael Mackenzie* lo hace. También va a ir al Nacional. De hecho su papá es quien lo entrena.

—¿En serio? George llegó a ser campeón mundial de esgrima.

—Lo sé —replicó Héctor sin una pizca de asombro—. Me lo dijo Michael antes de combatir.

—¿Y? —preguntó su padre casi ansioso de saber el resultado final.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? ¿Pues quién ganó?

—Oh, vamos, papá —exclamó Héctor sonriendo—. Esa pregunta no se hace.

Bibiana, desde la estufa, sólo sonrió. Tenía la seguridad de que su hijo había vencido.

—Hola, familia —hizo Eric su aparición en la cocina—. ¿Llego tarde para la repartición de platos?

—No, hijo —lo saludó Bibiana acercándose a él para darle un beso rápido en la mejilla—. Lávate las manos.

Después de dirigirse al fregadero y darse un remojón con el chorro de agua en las manos Eric tomó un vaso de una gaveta y lo llenó en el despachador automático de la puerta de la nevera.

Si evidente había sido el cambio que Héctor había logrado en dos años el de Eric era mayor. Con casi catorce años encima había dejado atrás los rasgos de niño pequeño. Tenía por pocos centímetros menos la misma estatura de su hermano, la voz le había cambiado, y, al igual que Héctor, se había dejado crecer un tanto el cabello, aunque sólo la parte de atrás, decía que tenía mucho más estilo. Eric se había convertido en todo un adolescente en potencia.

Y recargado en una de las barras de la cocina se entretenía escuchando la plática que Héctor y su padre continuaban llevando sobre el tal Mackenzie cuando observó que Héctor se sirvió agua de frutas de una jarra dispuesta en la mesa y luego le sirvió a

su padre. Ambos ya tenían enfrente sus platos de comida y Roberto se disponía a dar su primer bocado.

Eric fue casi imperceptible con su mano derecha que extendió, y de ella salió un rayo de luz muy tenue, pero lo suficientemente rápido para llegar en cuestión de un segundo a la mesa y tirar el vaso de agua que Héctor se acababa de servir. El agua hubiese quedado derramada en la ropa de Héctor de no ser porque éste, muy hábilmente, se puso en pie y evitó el remojón. El agua vertida sobre la mesa se derramó en el piso.

Héctor, en pie, sonrió entusiasmado.

—¡Ja! Fuiste muy evidente, enano. Tu seriedad y esa mirada calculadora que tienes te delatan. Lo siento, hermano. Será para la otra.

—¿Estás seguro? —inquirió Eric aún con esa mirada torva que utilizaba cada vez que quería hacerle una travesura.

Héctor supo que era demasiado tarde para esquivar el agua del florero que justamente se encontraba en una repisa sobre su cabeza. Terminó bañado en agua y con un par de flores en sus hombros.

Eric soltó una carcajada.

—¡Ja, ja! Sabía que el vaso lo esquivarías, pero sólo fue una distracción para que te pusieras en el lugar exacto en el que te necesitaba. Lo siento, hermanito.

—¿Quieren dejar de jugar de esa manera? —les pidió Bibiana por primera vez de buena manera sin darle mucha importancia al agua desparramada sobre la mesa, el suelo y sobre Héctor. Éste suspiró, sonrió ligeramente y se sacudió el cabello mojado.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? Y en condiciones normales sé que no podría contra ti, enano, pero ¿sabes qué? —adujo Héctor dándose por unos segundos media vuelta para luego regresar a su posición frente a Eric—. Tienes un punto vulnerable.

—¿En serio? ¿No me digas? —inquirió Eric sonriente— ¿Y cuál es, según tú?

Bibiana, en su posición, había visto el motivo por el cual Héctor se había dado la media vuelta. No dudó en exclamar amenazante al sospechar las intenciones de su hijo mayor:

—No te atrevas, Héctor.

Pero ignorando por completo las advertencias de su madre, Héctor aventó con tremenda fuerza y velocidad hacia Eric algunos huevos frescos que había agarrado de una canasta que estaba sobre una barra detrás de él. Ambos chicos, uno aventando huevos y el otro esquivándolos, reían a carcajadas.

—¡Y uno! ¡Y otro! ¡Y otro más que el kiu logra evadir! ¡Su contrincante no puede con él! —gritaba emocionado Eric como si estuviera narrando una increíble hazaña deportiva, y mientras lo hacía continuaba evadiendo los huevazos que Héctor le aventaba con gran ímpetu.

La velocidad de Eric tenía que ser grandiosa para esquivar los lanzamientos de Héctor. Pero fue en uno de tantos que logró agarrar en el aire un huevo con su mano sin que se estrellase. Se agachó para evadir un huevazo más, y al volver a erguirse se lo devolvió a su hermano.

—Ya basta, niños —objetó Bibiana al ver huevos volando por toda su cocina, pero los hermanos no le hicieron el menor caso y Héctor continuó sacando huevos de la canasta para lanzarlos después de haber evadido el de Eric sin problema.

—¡Y vuelve a fallar! —espetó Eric.

Entonces Héctor se concentró, y agachándose ligeramente aventó un huevo como si fuera una pelota de beisbol seguido de otro casi detrás con su otra mano. Eric alcanzó a evadir el primero, pero el segundo, viniendo en una dirección diferente, no lo logró esquivar. El huevo fresco se impactó en su pecho y escurrió la yema, la clara y los trozos de cascarón sobre su camisa.

—¡¡Ajá!! —prorrumpió Héctor un estridente grito con los brazos en alto — ¡Lo hizo! ¡Lo hizo! ¡El contrincante del kiu ha encontrado su punto vulnerable y lo ha derrotado, señoras y señores! ¡Esto es increíble!

Eric se quedó quieto, sonriendo ligeramente mientras el huevo continuaba escurriéndole y mientras, su hermano gritaba con envidia:

—¡Lo hizo! ¡Lo hizo! ¡Héctor Barón ha vencido al kiu!

Roberto sonrió entre dientes a pesar del gran disturbio que sus hijos habían causado con los huevos en toda la cocina.

Eric dejó pasar unos segundos para dejar a Héctor disfrutar su triunfo. Nunca antes había podido ganarle si de enfrentamientos se trataba, pero en un instante,

levantó su mano derecha en dirección a Héctor; inmediatamente éste se ocultó bajo la mesa, pero los tremendos gritos de Roberto y Bibiana hicieron desistir a Eric de sus pretensiones.

—¡Suficiente por hoy! —profirió Roberto poniendo una cara seria.

—¡Ya basta a los dos! —expresó al unísono Bibiana fingiendo dirigirse a sus dos hijos, aunque en realidad, tanto Roberto y Bibiana habían saltado como chapulines al intuir que Eric, sabiendo que había perdido, iba a tomar revancha, y verle extender su mano contra Héctor no era ningún buen signo. Hasta ese momento sólo habían sido huevos, pero si Eric intervenía, entonces las cosas sí que se pondrían atroces.

Ante el rotundo alto de sus padres, Eric contrajo sus dedos y bajó su brazo, aunque sonreía casi maliciosamente.

—Te salvó la campana, Héctor.

—Tilín, tilín. ¡Héctor Barón fue el vencedor, señoras y señores! ¡Definitivo vencedor del día de hoy! —se escuchó gritar a Héctor desde debajo de la mesa.

—Sal de ahí abajo, gallina, que ya no voy a hacerte nada — y agregó—... por hoy.

A somando ligeramente la cabeza Héctor observó a su hermano. Eric estaba diciendo la verdad, lo vio en su mirada. El juego había terminado.

—Miren nada más qué desastre —proclamó Bibiana con enfado después de ver las gavetas de detrás de Eric que habían quedado todas llenas de huevo.

—Nada que no se pueda remediar, mamá —concedió Héctor vigilando cada movimiento de su hermano.

—Debería darles vergüenza jugar con la comida.

—Ya que no me dejan divertirme en la escuela tengo que venir a hacerlo con Héctor —replicó Eric—. Ahora que si me dejaran utilizar un poco de energía en clases pues...

—¡No! —se escucharon dos rotundas negativas al mismo tiempo. Una de Roberto. Otra de Bibi.

Héctor se rió burlescamente de su hermano menor entre dientes.

—He sido muy claro al respecto, jovencito —agregó Roberto con firmeza.

—Y no quiero ni el más mínimo problema por esa razón, ¿entendido, Eric? —convino Bibiana con la misma intensidad.

El utilizar las habilidades de poder que Eric había adquirido en Fagho en el colegio o fuera de su casa era algo que sus padres le tenían terminantemente prohibido.

—Está bien. Está bien. No dije nada —arguyó el chico dándose por vencido de cualquier insistencia.

—Muy bien, niños. ¿Ya se divirtieron? Ya saben lo que tienen que hacer.

Dejando atrás la diversión y el rato ameno, Eric y Héctor se dirigieron hacia una gaveta de la cual sacaron unos trapos para limpiar aquel desastre. Y mientras estuvieron juntos limpiando Eric le dijo a media voz:

—Lo que me hiciste te va a salir caro, hermano. Aagh, que asco —espetó mientras recogía la clara y la yema de un huevo con el trapo y le escurrió por la mano—. Pero no creas que las cosas se van a quedar así.

—Sí, lo sé —mencionó Héctor con media sonrisa en los labios. No quería que sus padres lo escucharan—, pero voy a estar prevenido, enano.

—Más te vale que lo estés.

Una vez que terminaron de limpiar aquel batidillo de huevos fue que los hermanos se sentaron a la mesa, entonces Eric sacó a relucir de nuevo el tema del Nacional del cual últimamente tanto se hablaba en casa.

—¿Cuánto falta para el Nacional, hermano?

—Dos semanas —le respondió Héctor mientras se metía un gran trozo de pastel de carne a la boca. Tanto él como Eric comían como elefantes, claro, todo debido al gran acondicionamiento físico que ambos tenían—. ¿Vas a ir?

—No lo sé. Tengo exámenes para esas fechas. A menos que a papá no le importe que no los presente.

—Lo primero es lo primero —adujo Roberto a las declaraciones de su hijo menor, pero Héctor se adelantó a aclarar:

—Claro, por supuesto, y yo soy lo primero.

Héctor y Eric se rieron, y Bibi les hizo segunda. Roberto la volteó a ver.

—¿Y tú por qué te ríes?

—Bueno, porque... supongo que tiene razón.

—Son exámenes, Bibi. No seas alcahueta con estos dos.

—También es el Nacional, papá —intervino Héctor.

—Y es Héctor —adujo Bibi.

—Y es mi hermano favorito —convino Eric.

Roberto suspiró.

—Bueno, si ya se confabularon ustedes tres, ¿entonces qué rayos están esperando que yo diga?

—Que irás al colegio de Eric a sacarle permiso para que presente los exámenes después y que vaya con nosotros al Nacional.

Roberto puso los ojos en blanco ante la petición de su mujer. Y después de unos segundos declaró:

—De acuerdo. Entonces Eric también irá con nosotros.

Bibiana, Héctor y Eric se emocionaron y éstos últimos chocaron sus puños de varias formas para festejarlo.

—Eso era todo, papá. Gracias —espetó Eric—. Me daba miedo quedarme yo solito aquí en casa —sonrió, y continuó metiéndose más bocados a la boca. Los cuatro sonrieron, ¿miedo? ¿Eric? ¿con sus poderes? Ajá.

—Por cierto, enano. Hoy me hicieron recordar todo lo que nos pasó.

—¿Todo lo que nos pasó de qué?

—Hace dos años, en Ándragos.

De súbito Eric dejó de comer y se quedó tan quieto como una momia; parecía que le acababan de decir una sarta de malas palabras.

Bibiana y Roberto sólo voltearon a verse de reajo cruzando una mirada.

—¿Y quién te hizo recordarlo, hijo? —preguntó Bibiana con miras a continuar la charla.

—John (*John Bennett*, su maestro de esgrima). Me dijo que a pesar de que no sabía hacerlo, hace dos años combatía de una forma diferente, con más pasión. En ese entonces acabábamos de llegar de Fagho, traía todo ese mundo dentro de mí —hizo una pausa y agregó—. Creo que tiene razón, y el tiempo que ha pasado sólo ha conseguido que nos olvidemos de todo aquello. ¿No te ocurre a ti lo mismo, Eric? ¿No ves todas aquellas aventuras que pasamos como algo tan lejano que ya parecen sólo un sueño?

De primera instancia Eric no contestó. Sus padres lo sabían, al chico cada vez le agradaba menos hablar sobre Ándragos, Fagho y todos sus amigos.

Después de que habían regresado de su segundo viaje a Fagho, Eric llegó igual de emocionado que la primera vez, pero conforme el tiempo pasó, él creció, y al no saber nada de sus amigos su actitud fue cambiando. Poco a poco fue enterrando cada vez más profundo todas aquellas aventuras faguenses al grado que incluso había cambiado ya la decoración de su cuarto. Ya no había mundos dibujados en él, ni pegasos, ni nada que hiciera referencia a Fagho. La única que aún seguía postrada en la pared era su invaluable espada, todo lo demás había desaparecido.

Después de un respetable silencio, Eric, con extrema seriedad, respondió a la pregunta de su hermano:

—Se siente lejano porque están lejanos.

—Sí, pero... creo que no deberíamos olvidar todo eso.

—Antes de que nosotros los olvidáramos, ellos lo hicieron —profirió Eric dejando de hacer referencia a “algo” para hacerlo con “alguien”, y el resentimiento que tenía impregnado en su voz era palpable. Héctor sintió un hueco en el estómago—. Han pasado dos años, Héctor, dos largos años, y nunca hemos vuelto a tener ningún contacto. Ellos nos olvidaron primero.

Eric se puso de pie sin decir más, recogió su plato y lo dejó en el fregadero sin haber terminado.

—Con permiso. Se me fue el hambre.

Y salió de la cocina.

Héctor se quedó en silencio, pensativo y... triste. Por primera vez Eric se había atrevido a decir en voz alta un pensamiento que él mismo se había resistido a admitir. Dos años. Dos años era demasiado tiempo.

Héctor bajó la cabeza, por lo cual Roberto se atrevió a preguntarle:

—¿Y tú? ¿Qué piensas que pasó, hijo?

Héctor meditó muy bien su respuesta antes de expresarla.

—La verdad, papá, cuesta trabajo creerlo después de todo lo que vivimos juntos. Pero si hablamos honestamente en el fondo hace tiempo que pienso igual que Eric. Supongo que en Fagho están tan entretenidos viviendo sus vidas que... —sonrió con

ironía—, es decir, ¿por qué habrían de acordarse a nosotros? Con permiso —se puso también de pie—, a mí también se me quitó el hambre.

Héctor salió de la cocina después de dejar su plato sobre el de Eric en el fregadero, y una vez solos, Roberto y Bibi se arrellanaron en sus sillas. No les gustaba ver sufrir a sus hijos, un sufrimiento oculto, interno, de éstos que duelen y no se ven. Hasta a ellos mismos se les había ido el hambre.

—¿Quién de los dos crees que esté más resentido, cariño? —le preguntó Bibi con un rostro ligeramente consternado.

Fue una pregunta que Roberto no supo contestar.

Ω

Arriba en su cuarto, Eric permanecía recostado recargado sobre la cabecera de su cama. Nadie podía sacarle ese pensamiento de la cabeza desde hacía mucho tiempo, ese pensamiento que había guardado y acrecentado desde hacía muchos meses. Trataba de no pensar en ello para no sentirse herido y defraudado por éstos, que algún día, había llamado “sus mejores amigos”. Debía olvidarlos. Debía hacerlo, porque antes de que él lo hiciera ellos ya lo habían olvidado a él. Recordarlos dolía.

Volteando hacia la pared miró el único objeto que a su vista quedaba como recuerdo de la parte más importante de su vida, su hermosa espada. La observó sólo unos instantes y estirando su mano la dirigió hacia ella. De su dedo índice salió un tenue rayo color hueso que pegó contra la glamorosa espada provocando que se zafara y cayera al suelo detrás de su cómoda. Eric no hizo el más mínimo intento de pararse a recogerla.

Estaba dispuesto a olvidarlo todo.



Una visita inesperada

Dos semanas transcurrieron cotidianamente en casa de los Barón, las dos semanas previas al Campeonato Nacional que se llevaría a cabo en Nueva York.

Los entrenamientos para dicho torneo cada vez fueron más intensos para Héctor y en ocasiones le anochecía practicando. John Bennett tenía puestas todas sus esperanzas en que Héctor fuera el vencedor del Nacional, y si eso ocurría, entonces su meta sería mayor. Un título mundial.

Esa tarde, una antes de la salida a Nueva York, Héctor terminaba de preparar su equipaje. Al siguiente día en la mañana saldrían en avión él y sus otros cinco compañeros. Los demás Barón lo alcanzarían un día después, ya que el torneo se llevaría a cabo el fin de semana y los participantes, a petición de su maestro, llegarían con dos días de antelación.

Una vez que Héctor terminó de hacer su maleta la cerró y se sentó en la cama suspirando.

—Por fin. Ya está todo.

Estaba cansado. Aunque venían dos días de relajación antes del torneo esas dos semanas habían sido exhaustivas; no obstante, Héctor se sentía plenamente seguro y

dispuesto a vencer a cualquier oponente, se había preparado bastante durante meses e iba con toda la intención, no de participar en el Nacional, sino de llevarse a casa el trofeo de primer lugar.

Apenas eran las ocho de la noche pero bien le vendría un buen descanso antes de partir; además, al día siguiente tendría que madrugar para ir al aeropuerto.

Héctor salió de su cuarto. Bajó las escaleras y escuchó el televisor encendido en la sala. Se dirigió hacia allá. Sus padres y Eric se entretenían viendo un programa de comedia después de haber cenado.

Al verlo entrar a la sala, Bibiana inmediatamente le prestó atención.

—¿Ya terminaste de empacar, hijo?

—Sí.

—Ven y descansa un rato con nosotros —le ofreció Roberto el sitio contiguo al suyo—. El programa apenas está empezando.

—Creo que mejor me voy a acostar temprano. Estoy algo cansado. Buenas noches a todos.

Se escucharon tres buenas noches, las de sus padres y las de Eric, que no le quitó la mirada al televisor ni un instante.

Pero apenas se había dado Héctor media vuelta para dejar la sala cuando una luz iluminó todo el espacio como si alguien hubiese prendido un reflector de diez mil watts. Los cuatro Barón se cubrieron los ojos ante el repentino y fugaz resplandor, y a la altura del techo apareció una línea brillante que se expandió en cuestión de segundos dando paso a un óvalo resplandeciente inundado de colores por dentro.

—Por Dios... —musitó Bibiana subiendo los pies al sillón en el que permanecía sentada. Estaba indescriptiblemente perpleja ante aquel hecho sobrenatural— ¿Roberto, qué es eso?

Eric se levantó del suelo alfombrado donde estaba recostado para quitarse del sitio de debajo del óvalo. Lo hizo de la misma forma que si estuviera viendo una nave extraterrestre y las actitudes de Roberto y Héctor, que ya se había dado la vuelta nuevamente para mirar, eran del todo semejantes a la de Eric.

Sólo pasaron unos cuantos segundos antes de que, de dicho óvalo, se escuchara un grito, un grito de angustia que provenía desde adentro y que parecía acercarse. Y de

pronto salió alguien de la figura multicolor y se estrelló contra el piso a plomo quedando tendido boca abajo.

—¡¡Aaagh!! —expresó con un quejido sofocado por el golpe.

Bibiana acompañó el quejido de ese alguien con un pequeño grito del susto que le provocó ver salir a un hombre de ese agujero iluminado y verlo también caer como muñeco de trapo desde el techo.

Los cuatro integrantes de la familia Barón estaban atónitos. Bibi y Roberto no tenían idea de lo que estaba pasando. ¿Qué demonios era ese óvalo de luz? ¿Y... qué hacía un hombre dentro de él? Eric y Héctor tenían una noción de lo que ocurría, pero... ¿quién era esa persona que sujetaba el grolyn en su mano tan asiduamente, que había atravesado el portal y que permanecía tendido boca abajo? Por su complexión estaban definitivamente seguros que no eran ni Arcon ni Karime.

El óvalo del techo se cerró y desapareció, y la iluminación de la sala volvió a la habitual, con sólo una lámpara de piso encendida y el reflejo del televisor.

Nadie se acercó ante la apariencia del extraño. Era un hombre sucio, andrajoso y maloliente. Las pocas ropas que traía puestas, tan sólo unos pantaloncillos que le llegaban hasta la rodilla y una camisa que le quedaba grande, estaban desgarradas de varios sitios, mugrientas y deshilachadas; no traía zapatos y sus pies estaban callosos, enlodados y ensangrentados con algunas heridas. Su aspecto era mucho peor que el de un vagabundo. Una barba y bigotes abundantes y el cabello crecido y completamente enmarañado le ocultaban el rostro.

—¿Qué... qué es eso? —inquirió Bibi atónita y aterrada.

Nadie le respondió. Roberto estaba igual de estupefacto que ella, aunque sospechaba que aquellos hechos inexplicables sólo podían provenir de una fuente: Fagho.

El individuo que había caído, intentó moverse. No soltó para nada el grolyn, pero trató de levantarse con sus brazos. No lo consiguió. Apenas se irguió unos centímetros y volvió a caer como si no tuviese las más mínimas fuerzas.

—Aaagh. Esta sí... que fue... una bue... na... caída... —se escuchó su voz lastimera.

Héctor abrió sus ojos del tamaño de la luna. Era incomprensible. No concordaba ese aspecto con su voz, pero la reconoció de inmediato.

—¿Ma... Mao? —y dio tres pasos hacia él— ¿Mao... eres tú?

El tipo levantó un poco su cabeza, pero hasta eso le conllevó un tremendo esfuerzo.

—Héc... ¿Héctor?

En ese instante reaccionó y presto se dirigió hasta él. ¡Era él! ¡Mao Batay!

—¡Mao!

—¿Mao? —inquirió Eric incrédulo acercándose para corroborarlo más de cerca.

Pero el recién llegado ya no respondió.

—¡Hey, Mao, contéstame! —proclamó Héctor con suma preocupación, y entre él y Eric lograron rodarlo boca arriba. Mao, además de acabado, parecía... muerto.

Inmediatamente Eric llevó su mano hacia la vena del cuello para sentirle el pulso. Luego hizo señas positivas a su familia.

—Creo que sólo se desmayó —declaró—. Vamos a recostarlo en un sillón.

Entre Héctor y Eric lo medio cargaron, pero al ver que no podían con él, Roberto tuvo que reaccionar para ayudarles. Entre los tres lo acostaron en el sillón más cercano y ya colocado en ese sitio más cómodo Roberto se le quedó mirando. Su aspecto era deplorable, incluso se veía flaco y desnutrido.

Bibiana se acercó a ellos tomando la mano de su marido como si de pronto ese andrajoso fuera a levantarse y a asustarlos como en una película de terror. Ella seguía sin saber de la impresión.

—¿Qué crees que le haya pasado? —se atrevió a preguntarle Eric a su hermano mientras lo observaban.

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Quién es él? —inquirió entonces Roberto.

Héctor fue quien le respondió:

—Mao, papá. Mao Batay. ¿Recuerdas que te contamos sobre él?

—¿El soldado andraguense que les ayudó a pelear contra la Alianza?

—El mismo.

Eric entonces volvió su mirada hacia atrás. Tirado sobre la alfombra, el grolyn lucía resplandeciente. Lo tomó y se le quedó mirando. El grolyn en manos de Mao

Batay, Mao Batay de aspecto funesto y dos años transcurridos sin tener ninguna noticia de Fagho. ¿Y Arcon y Karime?

Nada tenía sentido.



Lograron reanimar a Mao gracias a los acertados consejos de Bibi de darle a oler alcohol. Cuando se recuperó de la pérdida de la realidad, Héctor le ayudó a subir. Lo primero era lo primero. Mao se dio un buen baño y se aseó perfectamente. Héctor le instruyó cómo se abría la regadera le dio unas tijeras, un rastrillo y ropa. Estuvo un buen rato con él, hasta que lo vio restablecido del desmayo. Luego bajó.

La familia Barón ya estaba nuevamente reunida alrededor de la mesa de la cocina en espera de que Mao bajara también. Eric le preguntó a su hermano qué le había dicho pero Héctor le respondió que nada sobre Fagho ni Ándragos. Al cabo de un buen rato, Mao bajó vestido de terrícola, con un pants, una sudadera de Héctor y un par de sandalias por sus pies lastimados. Ya se había quitado la selva de barba y bigote y hasta se había cortado una buena mata de pelo. Cuando entró a la cocina, hora y media después, parecía otro hombre, volvía a ser Mao Batay, desmejorado, flaco y ojoso, pero ya reconocible para los hermanos Barón.

—Buenas noches —saludó cortésmente cuando entró a la cocina. A Mao todo le resultaba desconocido.

Héctor se puso de pie y se dirigió a él para acompañarlo hasta la mesa y Mao saludó a los que suponía eran los padres de los Barón de la manera faguense. Héctor prosiguió con la presentación.

—Mao, ellos son mis padres. Bibi y Roberto Barón. Él es Mao Batay.

Tanto Bibi como Roberto devolvieron el saludo al soldado de la misma manera faguense. Con el paso de tantos años ya habían aprendido a hacerlo.

Después de verlos a ellos, Mao dirigió la mirada a Eric, que permanecía sentado en una silla del lado izquierdo. El chico estaba serio, mucho muy serio.

Por primera vez Mao intentó sonreír, aunque lo hizo levemente, tenía los labios secos y partidos.

—Vaya, Eric. Sí que has crecido, y... cambiado.

Pero a Eric el comentario pareció no inmutarle. Continuó igual de reservado, aunque le respondió:

—Qué tal, Mao.

Héctor entonces le acercó una silla para que se sentase y él lo hizo a su lado.

—¿Quieres... quieres algo de comer? —le ofreció Héctor; todavía no sabía qué diantres había pasado con Mao, pero su aspecto no era el de que hubiese llevado una buena alimentación.

—No, gracias, Héctor. Pude robar algo de comida en uno de los poblados que pasé camino a Trella.

Nadie dijo nada, pero a todos los Barón llamó la atención el comentario. ¿Robar? Mao lo notó e intentó explicarse:

—Eh... si no lo hubiera hecho... me habría sido imposible llegar hasta acá. Han pasado muchas cosas en Ándragos.

—Y por lo que se ve nada buenas —continuó Héctor el diálogo.

—Lamentablemente.

—¿Qué sucedió? Llegamos a pensar que jamás volveríamos a saber de ustedes.

Mao hizo un silencio, meditando por dónde empezar.

—Mao, lo que sea que haya pasado necesitamos saberlo —le insistió.

Con gran esfuerzo, el soldado andraguense expresó:

—Ándragos cayó.

Tanto Eric como Héctor sintieron un hueco en el estómago. Bibi y Roberto se consternaron. ¿Era eso posible?

Eric, que se había mantenido de oyente, se irguió hacia adelante y recargó sus codos en la mesa al preguntar:

—¿Ándragos cayó? ¿De qué rayos estás hablando?

—De que llevamos mucho tiempo siendo prisioneros. Ándragos es un pueblo sometido, y Arcon fue derrocado.

Se hizo un silencio estremecedor en la cocina. La situación era mucho peor de lo que los Barón esperaban, era algo impensable. Sólo se escuchó un “cielos”, que susurró Bibi, y un “no puede ser” de Roberto. Los hermanos se quedaron mudos completamente.

Ya había dado la atroz noticia. Mao debía ser más explícito, y él lo sabía.

—Creímos que todo estaba bien en Fagho, pero nunca imaginamos que uno de los pueblos del sureste estuviese planeando una rebelión. Fue un golpe inesperado. El ejército no pudo hacer nada contra aquel desastroso ataque; es un pueblo de excelentes guerreros. Arcon y todos sus cercanos fuimos tomados prisioneros. Hoy en día la mayor parte del reino vive subyugado. Continúan avasallando pueblos del reino y de otros reinos vecinos con un sólo propósito: encontrar al guerrero que venció a Drakon.

Quienes sintieron ahora un hueco en el estómago fueron Bibi y Roberto. Se sabían la historia perfectamente y sabían que Eric era ese guerrero. Ambos voltearon a verlo. Eric miraba fijamente a Mao Batay.

—¿Por qué a mí?

—No lo sabemos.

—Dijiste que los habían tomado prisioneros. ¿Cómo es que estás aquí?

—Escapé. Me tomó seis meses planearlo y llevarlo a cabo. Salir de Ándragos con todo y el robo del grolyn ha sido lo más complicado que he hecho en toda mi vida. No sé ni cómo lo logré.

Cada respuesta era casi una puñalada para los hermanos Barón.

—¿Hace cuánto ocurrió todo esto? ¿Hace cuánto los invadieron?

—Más de un año.

—¿Más de un año, Mao? ¿Llevan sometidos más de un año y no han sido capaces en todo ese tiempo de venir a decirnos nada a nosotros? —preguntó incrédulo.

—Es a ti a quien buscan, Eric.

—¡Peor aún! —se alebrestó el kiu— ¡Muchos pueblos están sometidos por mi causa y nadie ha venido a decirme nada! ¡¿En qué demonios está pensando Arcon?! ¡Ya habíamos hablado de esto una vez y prometió que vendría por mí!

—No es Drakon, Eric.

—¡Pues no me importa quién sea! ¡Si no es Drakon mejor! Ya hemos podido con él, cuantimás con un pueblo de guerreros rebeldes.

Mao bajó la cabeza. Héctor lo percibió. Algo no había querido decir Mao, entonces él intervino en la charla:

—¿Ellos están bien? ¿Arcon y Karime?

Mao suspiró.

—A Arcon lo tienen prisionero en los calabozos subterráneos, en el que antes era su propio castillo. Está solo y no he podido verlo desde hace mucho tiempo.

—¿Y ella?

—Karime...

Héctor sintió que se paralizaron todos sus órganos al nombrarla con ese tono. Un gesto de angustia apareció en su rostro.

—Dime que está bien, por favor.

—La última vez que la vi fue hace unos meses cuando pasó por uno de los pasillos de los calabozos donde yo estaba apresado. La llevaban a... —y se llevó una mano a sus ojos, lamentándolo.

Héctor cerró sus puños casi con desesperación.

—Mao... ¿la llevaban a dónde?

—... Querían saber dónde podían encontrar a Eric, y... sabían que sólo Arcon o ella podían darles esa información.

—¿Adónde, Mao?! ¡Con un demonio, ¿adónde la llevaron?! —golpeó Héctor la mesa.

—... A torturas.

A Héctor se le subió la sangre a la cabeza y se puso de pie aventando la silla para atrás con el impulso.

—¡Aaaagh!

Se alejó un poco de la mesa recargándose en una pared donde trató de controlarse. Los demás aguardaron dándole tiempo, aunque la noticia era devastadora para todos. Pasados unos segundos, y en esa misma posición, de nuevo se escuchó su voz:

—¿Está bien?

—... Eso es algo que tengo que suponer. No he sabido más de ella. Siempre la tuvieron muy protegida por quien es, un peligro para ellos. Pero me deja tranquilo el pensar que si estuviera muerta... —pero se arrepintió de decirlo tan abiertamente, y se corrigió a algo más sutil—... que si le hubiera pasado algo yo ya lo sabría. Las malas noticias vuelan en el subterráneo.

Como un remolino Héctor volvió hacia Mao y lo miró con unos ojos de lumbre.

—¿Cómo es posible, Mao? ¿Cómo es posible que no hayan huido por lo menos cuando todo empezó? ¿Que no se hayan venido para acá? ¡Alguna posibilidad debieron haber tenido!

—¿En serio crees que Arcon iba a huir dejando a su reino a merced del caos?

Héctor no supo que decir. No. No lo haría. Arcon jamás haría algo así, ni Karime.

Fue entonces Eric quien se puso de pie con toda la intención de dejarlos.

—¿Eric? —preguntó su padre. Eric se volvió— ¿Adónde vas?

—A preparar mis cosas, papá. Me voy a Ándragos en cuanto amanezca.

Bibiana casi perdió el color de su rostro.

—No, hijo... —y se puso de pie corriendo hacia él—. Por favor, no vayas, Eric. Si te quieren a ti...

—Tengo que ir, mamá. Lo siento —aseveró él antes de dejarla terminar. Eric ya había crecido, estaba mucho más alto que Bibi, así que con facilidad le dio un cariñoso beso en la frente—. Tengo que ir, y necesito que lo entiendas de esa forma, por favor.

A Bibiana se le cristalizaron los ojos cuando Eric se dio de nuevo media vuelta para dejarlos.

—¿Eric? —lo detuvo ahora el llamado de Mao—. Quizá tu mamá tiene razón. El venir aquí fue una idea que se me ocurrió como un acto desesperado, pero no sé si estoy haciendo lo correcto. Hay cosas que están sucediendo en Fagho que no creo que te agraden.

—Desde que llegaste no has dicho una sola cosa que me haya agradado aparte de las “buenas noches”, Mao. Arcon debió haber venido por mí desde hace mucho tiempo —su voz sonaba con una rabia contenida, y desapareció de la cocina.

Mao suspiró acongojado y cerró los ojos. Todo quedó en silencio durante unos minutos, los suficientes para que Héctor estuviera seguro que Eric ya estaba lo

suficientemente lejos para poder utilizar un volumen mínimo y que él no alcanzara a escucharlos.

—¿Por qué me da la impresión de que le estás ocultando algo a Eric, Mao? ¿Qué es?

Era cierto, y pesándole enormemente Mao le respondió:

—... Que... que fueron los kiu—. El asombro de Héctor se fue hasta la luna—. Ésa fue la verdadera razón por la cual Arcon no quiso acudir a él.

—¿Los kiu? —preguntó perplejo Roberto al mismo volumen que estaban utilizando. Estaba al tanto de los sobrenaturales dones de su hijo, y aunque siempre le había prohibido escuchar conversaciones ajenas no dudaba que en esta ocasión estuviera atento a lo que se decía en la cocina—. Pe... pero ¿cómo? Eric es un kiu.

—Exactamente, señor Barón. Son guerreros como Eric los que están sometiendo a Fagho entero.